

Perenne jardín

Emily Dickinson y lo incompleto

TANIA GANITSKY

Seix Barral, Bogotá, 2023, 197 pp., il.

EMILY DICKINSON y lo incompleto es un libro difícil de reseñar. Lo es porque su contenido funciona de manera no convencional, y cada una de las partes que lo componen son muy singulares. Tania Ganitsky se adentra en la vida y obra de la poeta norteamericana Emily Dickinson y crea un texto de única originalidad, en el que mezcla el análisis literario, la traducción, el comentario crítico y la autoficción. La autora hace un ejercicio de cuidadosa curaduría al seleccionar poemas para conformar unidades de sentido tituladas, en las que comenta, a través de un ensayo literario riguroso –el texto está basado en su tesis doctoral–, no solo el análisis personal de la poética de Dickinson, sino su específica forma de escribir, su vida como mujer en el siglo XIX, y la manera en que poesía y existencia se entrelazan de manera inseparable.

Dicho comentario literario está construido desde la mirada de una Ganitsky muy objetiva, con acotaciones sobre las implicaciones sociales de la vida de Dickinson, utilizando el apoyo de apuntes e interpretaciones de importantes editoras y compiladoras, y mencionando la crítica literaria oficial y hegemónica sobre la obra de la poeta norteamericana. Es en esta sección del libro donde la autora expone de manera directa por qué la poética de Dickinson es sobre todo un asunto incompleto, y lo hace mediante una lectura juiciosa y singular de las palabras y metáforas empleadas en los poemas, pero también del sentido gráfico, sonoro y simbólico de los materiales que componen su obra.

Aquí dilucida los posibles significados de los dobleces de los papelitos en los que Emily acostumbraba a escribir, la importancia sobre el uso de guiones como marcas para una lectura más orgánica de los versos, y la posibilidad semántica de las enmendaduras y las palabras sueltas que se encontraban en sus poemas. Hay todo un tratado que reivindica a Dickinson como una poeta consciente de su ejercicio libre e inacabado, ello como una manera de representar en el poema lo que está en

la vida: lo inabordable, lo incompleto, la infinitud. Algunas de las preocupaciones más académicas en torno a la obra de la poeta se prolongan en la vida íntima de la autora, y así Ganitsky crea un personalísimo texto que está construido incluyendo sus experiencias personales, la narrativa familiar y el ensueño de una hermandad, una amistad real entre Emily y Tania.

Estos breves textos de autoficción están diseminados como semillas silvestres que crecen entre el sólido ensayo y narran la historia de dos chicas que se comunican a través de la franqueable frontera de la ficción: viajes Bogotá-Miami, un herbario, casas en las que no abren las puertas, exnovios adictos, un perro-portal llamado Carlo, cuerdas vocales que estallan. Invitan al lector a hacer un ejercicio de disección poética para así distinguir cuál es la voz de Ganitsky y cuál la de Dickinson: a veces, Tania está en un matorral de fresas con su familia, y al halar un largo tallo verde encuentra una carta en lugar de la fruta. En ocasiones, Emily va en un Nissan plateado hablando con su madre sobre la edición de su último libro de poemas.

La posibilidad de la ficción recrea un relato donde las dos son versos inconclusos en los poemas de cada una: la poética incompleta de Emily inspira la obra de Ganitsky, la vida cotidiana de Tania posibilita una nueva vida para Dickinson. A todo esto se le suma el minucioso y arduo trabajo de traducción que este libro representa para la autora. La tarea de traducir no solo consiste en tomar un par de poemas, elidir algunos aspectos en favor de la lengua a la que se vierten y hacer nuevas rimas. Para Ganitsky, la traducción de Dickinson es todo un ejercicio de tensiones familiares y profesionales, pues la autora conoce de antemano la lengua inglesa por herencia de su madre gringa, y traducir a la poeta norteamericana teniendo en cuenta sus silencios, guiones, marcas y posibilidades semánticas es una labor que requiere de una lectura atenta y amplia, no solo del poema en sí, sino de todo lo que rodeaba a la poeta en el momento de la escritura.

Si tomamos solo los poemas originales y sus respectivas traducciones, junto con los fotogramas de los papelitos en los que reposan, entonces

encontraremos un libro de poesía en edición bilingüe. Si, por el contrario, unimos todos los pequeños textos que están titulados como “Sueña Emily Dickinson”, leeremos un bello relato sobre dos amigas poetas que viajan entre épocas y geografías. Lo que queda de estas dos divisiones es un acertado ensayo sobre la naturaleza de la escritura de una poeta especial y radical en la manera de vivir su arte. Si unimos todo eso y lo ponemos en un libro, entonces se obtendrá *Emily Dickinson y lo incompleto*, de Tania Ganitsky.

Pero si el texto se lee por completo, en desorden, o por apartados –tal cual como lo hacíamos con *Rayuela*–, entenderemos que, así como los poemas de Emily, este bello ejercicio literario también está incompleto: no se encuentran aquí todos los poemas de Dickinson, ni tampoco se pone fin al raro relato de las dos poetas que se hablan a través de la inabordable y finita verdad del poema ante la vida; ni es intención de ningún ensayo etiquetar la singular gramática de suspiros, silencios, soledad y turbación de la entrañable poeta norteamericana. Hay muchos libros dentro de este libro, que es varias cosas a la vez.

Todo el trabajo literario de curaduría, traducción, comentario y creación está acompañado por reproducciones fotográficas de un tierno jardín de naturaleza muerta que contiene flores salvajes, hojas, arbustos, largos tallos espinosos y florecillas. Cada una de ellas está rotulada con un nombre escrito en una pequeña letra cursiva y todas provienen del herbario personal de Emily Dickinson en su bien conocida pasión por la botánica. Estos pequeños facsímiles de la primavera abren una nueva puerta hacia otro jardín.

Piero Pradilla Colmenares